

IRENE DE LA TORRE

CREMA SOLAR



RiL editores

UNA CASA DISTINTA

Cada mañana me despertaba en una casa distinta. A pesar de ello, siempre era mi casa. Sabía dónde encontrar la cafetera, el joyero con todos mis collares, el cajón de los cubiertos. Los muebles eran diferentes, el sofá distinto, la nevera siempre otra, pero nunca me disgustaban del todo. Los cubiertos se hacían a las palmas de mis manos, los picaportes reconocían mis huellas dactilares. Abría los ojos y reconocía el lugar, el olor, las paredes, los cuadros. Era como si me mudase en sueños, de madrugada, en mi cabeza. Como si me preparase durante toda la noche para el nuevo espacio.

Al poco tiempo llegué a la conclusión de que el tipo de casa en la que amanecía guardaba relación con mi estado de ánimo. Cuando me sentía oprimida, hacía turnos de más de diez horas diarias sirviendo mesas porque estábamos en temporada alta, amanecía en casas diminutas. Como una celda sin ventanas en la que apenas tenía libertad de movimiento. Espacios reducidos de seis metros cuadrados. Habitaciones un poco desordenadas, con todo apelotonado en el mismo espacio: cocina, baño, dormitorio, lavadora. Viviendas que olían a humedad y en las que todas las ventanas daban a un patio diminuto. Casas donde llegaba un olor roto a fritanga de las cocinas de los vecinos y salían cucarachas de las alcantarillas. O incluso trasteros sin muebles, bajos sin luz solar, con barrotes en pequeños ventanucos. Completamente enterrada.

En cambio, cuando estaba más relajada y tenía varios días libres seguidos, sin ningún plan a la vista durante los meses de invierno, siempre me despertaba en palacios inmensos. Casas realmente enormes, con innumerables pasillos, infinidad de habitaciones, una chimenea, cocinas monumentales, todos los

electrodomésticos, incalculables puertas y ventanas y ventanales del suelo al techo y vistas impresionantes al océano y piscinas en cascada. En esas casas llegaba a tomar copiosos desayunos, con ciruelas, plátanos, fresas, todas las frutas; el jardín del Edén.

Algunas veces me encaprichaba con algunos de los objetos que encontraba en las casas, pero sabía que al día siguiente iban a desaparecer de mi vista, así que nunca llegaba a cogerles cariño. Empecé a construir en ellos un afecto ficticio. Sabía que el sueño lo destrozaba todo para, inevitablemente, cambiar de casa nada más despertar. Solía amanecer con las mismas cosas, pero en cada casa estas aparecían con otro aspecto. Mi neceser de maquillaje, por ejemplo, era de un diseño diferente cada día, pero siempre encontraba mi maquillaje dentro. Los espejos que colgaban en las paredes cambiaban sus marcos, sus tamaños, sus formas o la profundidad de sus cristales, pero en ellos siempre aparecía yo cuando me ponía delante. Me limitaba a utilizar las cosas, sin nada más profundo que eso, porque sabía que cuando me despertase no las encontraría igual. Sabía que desaparecían, aunque reaparecieran con otro rostro, con otros silencios, con otros trajes. Como un espejismo. Algunas llegaban a desaparecer del todo y no las llegaba a ver de nuevo. No podía permitirme echarlas de menos. Nunca lo hacía.

Me empezó a parecer un juego. Con qué objetos me encontraría al despertar, en qué casas amanecería. Qué tipo de espacios, de qué otra forma cambiarían. Para mí no dejaba de ser eso mismo: un juego. Me hacía mucha ilusión quedarme dormida para despertar en otra casa y descubrir otros objetos, o los mismos pero distintos. Alguna vez me lo pasaba en grande con ellos: tocadiscos, micrófonos, exprimidores de naranjas, camas elásticas. Con otros más bien me aburría demasiado: cojines, vasos de plástico, gnomos de jardín, hornillos. Sin embargo, en todas las casas notaba un vacío, siempre parecía faltarme algo. A pesar de que me llegara a divertir mucho con algunos de aquellos objetos, había una presencia invisible que casi podía ver, pero no nombrar. En líneas generales, me estaba viendo engullida por mis propios

actos rutinarios, y una tarde de pleno verano que dediqué a fijar la mirada en el suelo —porque había despertado en una casa diminuta en la que no había prácticamente nada y huía del calor con el único objeto que encontré allí, un abanico rojo—, pensé muy seriamente que tenía que haber algo más. Otra cosa más allá de servir mesas y volver a casa. Pero en el momento no lo veía, no se me ocurría nada, y aquel pensamiento se acababa quedando en una sensación ligera y efímera que pasa a la velocidad del rayo y se queda anclada en el olvido, como quien ve pasar una bella mariposa que se esfuma de tu visión al primer parpadeo.

Poco después de aquella tarde amanecí en una casa moderada. No era ni muy grande ni muy pequeña, ni con despampanantes vistas ni sin ventanas. Estaba situada cercana a la costa, en un pueblo de montaña. Me preparé el desayuno, me quedé absorta en el paisaje frondoso de aquella sierra, respiré su aire. Salí al jardín y empecé a comer unas tostadas con miel desde la terraza, sentada sobre el frío acero de las sillas. Noté una tranquilidad apaciguadora, astronómica, un sosiego extremo, cuando de pronto oí el motor de una furgoneta que se paró al final del sendero, en la verja de la puerta de entrada. De ella salió un hombre que parecía llamarme. Movía la mano en señal de algo, de saludo, me pidió que me acercara. Avancé hacia él, desconfiada.

—Buenos días —se apresuró a decir.

Era un hombre de mediana edad, rondaría la mía, quizá un poco más mayor. Su expresión era de asombro, de agobio, casi parecía que alguien le estaba siguiendo. Que huía.

—Hola —le contesté—. ¿Buscas algo?

—Una solución.

Dijo aquello con media sonrisa, para la que su cara de disgusto todavía parecía tener cabida. Aquella respuesta me intrigó enseguida. ¿Una solución? No estaba muy segura de qué hacer, si dejarle pasar o si volver a mi casa por donde había venido, que se quedara allí tirado, decirle que lo sentía pero que no le podía ayudar de ninguna manera. Verle subirse de nuevo a aquella furgoneta y que desapareciera de mi ángulo de visión mientras

yo entraba en casa, tranquila, tal y como estaba antes de verle, antes de oír el sonido de aquel motor y percatarme de su presencia. Pero había algo en su manera de estar allí, parado delante de mí, en la forma de pronunciar aquellas palabras, en su sonrisa a medias, que me hacía querer saber qué clase de solución estaba buscando. No podía dejar las cosas allí. Así.

—Tendrás que ser más concreto —alcancé a decir.

—Sí, verás, lo siento, me tenía que haber explicado mejor. Están siendo unos días muy extraños para mí, para toda mi familia. Verás... ¿Cómo te llamas?

—Berta.

—Berta, encantado. Yo soy Román, vivo en aquella casa de allí... la que está en aquella colina. Bueno, no vivo allí. En realidad... en realidad era la casa de mi madre. Falleció hace unos meses.

—Vaya, lo siento.

Seguía habiendo algo intrigante en su forma de expresarse. Necesitaba saber hacia dónde nos iba a llevar aquella conversación. Qué tipo de ayuda estaba buscando. Qué solución.

—Gracias. Ha sido un golpe, ya sabes, uno piensa que las madres van a estar allí siempre, como el cuadro eterno que tienes en el salón y que cuando lo descuelgas dibuja la pintura en la pared con su forma rectangular y descubres que aún conserva el color de la capa de pintura del año en el que compraste la casa y colgaste el cuadro por primera vez, y es un espacio que ya no se llena. Por muchas capas de pintura que metas después es un espacio inmortal. Me entiendes, ¿no? Bueno, a lo mejor tus padres todavía viven, lo siento, ya no sé ni lo que digo.

—Perdona, Román, realmente no tengo mucho tiempo, si me pudieras decir...

—Sí, sí, perdóname tú a mí. Yo también tengo queirme enseguida.

Su mirada pareció cambiar, su expresión pasó a una más seria, intuí que ahora venía lo importante, que ahora descubriría por qué había venido. Aquella solución.

—El caso es que tenemos que vaciar la casa de mi madre, porque la queremos poner en venta mis hermanos y yo, y ella... bueno, era una gran lectora. Por eso al final de su larga vida había acumulado una enorme cantidad de libros. Toda una biblioteca, en definitiva, con obras maestras, libros firmados por grandes autores, ediciones exclusivas...

—Vaya.

—Ahora mismo no hay forma de dar con un nuevo dueño, con un espacio para todos estos libros. A ninguno de nosotros, sus herederos, nos interesa lo más mínimo. Tengo muy poco tiempo, mañana ya vuelvo a la ciudad, y necesito dejar esto en alguna parte.

Empecé a entender hacia dónde quería llegar. Me limité a asentir con la cabeza, a mirarle perpleja. Me seguía empujando algo hacia su forma de hablar, hacia sus gestos.

—Así que, verás, pensé que..., pensé que quizá te podría interesar darles un espacio tú. A mí me harías un favor, en cualquier caso. Al menos sabría que los tiene alguien, que están en buenas manos. Me has dado confianza cuando te he visto desayunar en tu terraza, me dio la impresión de que serías una persona capaz de valorarlo.

Intenté explicarle todo. Traté de decirle que era inútil que me diera todos aquellos libros. Que en cuanto me despertase al día siguiente toda aquella biblioteca iba a desaparecer, que ya no la encontraría. O que quizá la encontraría, pero serían otros libros distintos. Quién sabe dónde iría entonces a parar la biblioteca de su madre. Quise decirle que precisamente yo no era un lugar seguro, cualquier persona menos yo. Al poco tiempo me di cuenta de que todo aquello iba a sonar muy poco creíble, confuso, aquel hombre se iba a extrañar demasiado. Y de alguna manera no me apetecía decírselo. Quería fingir ser una persona normal, con una vida normal. Probé a inventarme algo enseguida, una excusa mucho más convincente, algo así como que no tenía espacio en aquella casa, aunque no lo pareciese, o que ya tenía demasiados libros, aunque no fuera verdad.

Traté de ignorar la petición de Román, pero él estaba desesperado. O era demasiado decidido. O las dos cosas a la vez. Porque cuando ya se me ocurrió algo que vagamente podría utilizar de excusa, algo que podría decirle para que no me dejara aquellas cajas de libros, ya me las había dejado, a mis pies, y se estaba despidiendo de mí con el brazo, desde la ventanilla del asiento del volante de aquella furgoneta. Me daba las gracias, me parecía incluso que asomaba una mirada vidriosa. Desapareció de mi vista al girar la curva. Y yo me quedé con la falda de mi vestido volando al viento. Con una chaqueta de punto de primavera. Y con aquellas cajas de libros a pocos pasos de mis sandalias.

Todo aquello me pilló por sorpresa. Aunque veía la inutilidad de coger esos libros y empezar a acomodarlos en mi casa, porque al fin y al cabo iban a desaparecer, algo en mi interior quiso llevarlos dentro, y así lo hice, poco a poco. Me llevó toda la mañana. Casi de forma inconsciente empecé a colocar todos los que pude en los anaqueles del salón. En cuanto conseguí llevar todas las cajas, exhausta, me entró la curiosidad y cogí uno de ellos. La alegría fue fulminante. Aquel objeto era completamente distinto a todos los anteriores que me había ido encontrando. Empecé a leer las primeras líneas, luego las primeras páginas, y me quedé nublada, en una ensoñación perpetua. Me engancharon tanto aquellas palabras hiladas que incluso me olvidé de comer aquel día. Lo único que quería era leer todo lo posible antes de dormir. Aquella mujer tenía un gusto selecto, exquisito. Me intrigaba conocer cuál sería el siguiente libro, siempre mejor que el anterior. Ya estaba entrando la noche cuando me di cuenta de que tenía que extender el tiempo sin dormir, aunque me estuviera muriendo de sueño. Me negaba en rotundo a que todo aquello desapareciera, o a que se convirtieran en otros libros distintos, así que me preparé un café bien cargado, que iba reponiendo en mi taza en cuanto se terminaba, decidida a no pegar ojo, al menos aquella noche. Al menos todo lo posible. Quería leer todo lo que pudiera de aquella ensoñadora biblioteca antes de dormir, y tener que, inevitablemente, despertar sin ellos.

Empezó a amanecer. Fue la primera vez que no sentí curiosidad por otros objetos nuevos pero desconocidos, ni por otras casas aún por descubrir. Me concentré en no cerrar los párpados, pero terminó siendo irremediable y, en un momento de distracción, el sueño se apoderó de mí sin que yo pudiera controlarlo. Me desperté al cabo de unas horas, cuando el sol ya estaba bastante alto, y enseguida fui consciente del error, de la pérdida. Me entró la rabia de tener que enfrentarme al vacío y a la añoranza, antes de darme cuenta de que, en realidad, seguía allí. En aquella misma casa. Y los libros también seguían allí, a mi lado. Algunos todavía asomaban sus títulos radiantes dentro de las cajas. Esperándome.